

XXIV

El doctor Fabregues salió de Muroles en un estado de violenta agitación.

— La firmeza con que se expresó Elena, el desden mal disimulado con que le habló, lo tranquilo de su indignación, que no era más que la propia de una honrada joven contra una acción abominable, le producían gran perplejidad.

Bajo aquella firmeza de la joven adivinaba una confianza del porvenir por parte de ella, que le desesperaba.

Su primer movimiento fué de esa cólera que produce una derrota irreparable.

Después pensó que debía tomar su partido, que seguramente se había unido á Elena por un inexplicable capricho; que ella ejercía sobre su vida una deplorable influencia, pero que le bastaba un momento de valor para romper su cadena, que Bordat tenía razón y que después de todo aquella no era la única mujer, y que con su fortuna no le faltarían compensaciones al sacrificio de dejarla al llegar el coche del doctor á unos quinientos metros de Muroles, se puso de pie no obstante sus presunciones y propósitos, sondeando con la mirada las ruinas del viejo palacio, por si descubría la silueta de Elena por alguna parte.

Y hé aquí lo que vió.

En lo alto de la gran torre, sobre la plataforma que dominaba las ruinas, se dibujaban

distintamente dos siluetas sobre el azul del cielo.

Aquello fué para él una revelación.

A la distancia á que se encontraba, no podía distinguir más que dos seres imposibles de reconocer, contemplando el panorama esplendoroso que se ofrecía á su vista.

Hizo detener el coche, y con un ateojo vió una mujer con un traje parecido al de Elena, conversando con un hombre que á la legua dejaba conocer su aire parisien.

¿Quién podía ser aquel hombre sino uno de tantos desocupados que rondaban á la hermosa joven del almacén Delivet?

Quizás estaba allí, en el momento de su entrevista con ella, oculto tras de alguna ruina, escuchando.

De deducción en deducción, Fabregues convirtió su sospecha en certidumbre. Recordó las miradas de Elena, ciertos gestos á los cuales no quiso dar importancia, y llegó á esta conclusión: evidentemente había allí alguno.

Estuvo tentado de volver atrás, de sorprender á Elena con su compañero, á quien habría querido conocer, que tal vez era el mismo que la había llevado una noche á la calle Royale.

Pero ante la idea del ridículo en que quedaría apareciendo otra vez en la posada de Faucon, dió orden al cochero de continuar.

Entonces continuó la lucha comenzada en su espíritu. Se prometía despreciar á su vez á la joven, olvidarla, abrumarla después en su

humilde condición con el peso de aquella riqueza que le permitiría tomar el desquite. siguiéndola á todas partes y devolviéndole desdén por desdén.

El doctor Fabregues no paraba atención en los variados y magníficos paisajes porque atravesaba el coche; no veía más que la imagen que pretendía olvidar y que le seguía á todas partes.

Al llegar á Mont-Dore entró con aire descontento en su casa. encontrándose con Matilde, que volvía de paseo, elegantemente vestida de negro y con el rostro colorado por la fatiga de su caminata.

—¿Has salido?—preguntó el doctor.

—Ahora vuelvo.

—¿Dónde has ido?

—Al parque y á la Rotonda.

—¿Sola?

—No. He tenido visitas.

—¿Y son ellas la causa de tu alegría?

—¿Es eso una censura?

—Dios me guarde de ello; yo quiero veros siempre fuerte y contenta.

Ella le dió las gracias con una mirada.

—¿Quién ha venido?—preguntó el doctor.

—Dos personas á quienes quiero con el alma.

—¿Tu tía?

—Justamente.

—¿Y además?...

—Mi primo, el teniente de Bures.

Fabregues frunció las cejas.

—No tengo el honor de conocerle--dijo con sequedad.

—Si hubieras estado aquí. lo hubieras conocido, amigo mío. Es el carácter más generoso y el mejor del mundo.

—¿Han marchado ya?

—Mi tía vuelve á Clermont y á Royat, donde tiene amigos.

—¿Quiénes son?

—El barón d'Aubagny... el doctor Bordat... y otros... Una colonia entera.

—¿Y el teniente?

—Está de guarnición en Clermont.

—Es verdad... Lo había olvidado; tú me lo habías dicho.

El doctor no había al pronto reparado en el nombre del barón d'Aubagny.

De pronto detuvo el paseo que daba por la sala, hablando con su mujer, mientras la joven se quitaba el sombrero y se arreglaba el pelo ante el tocador.

Acababa de asaltarle una idea.

D'Aubagny... Aquel hombre al que no pudo reconocer en la calle Royale, porque la rapidez de su caballo le sustrajo á sus miradas; aquel rival suyo y que estaba con Elena, tenía la misma figura que el barón.

Si esto era así, Royat y Clermont debían ser semilleros de enemigos suyos.

El había triunfado por lo pronto apoderándose por sorpresa de la joven heredera.

Si los otros, los que debían odiarle por esta victoria se obligaban para tomar el desquite, no era por una casualidad.

Debían tener un plan.

Los unos querían apoderarse de Matilde; el otro le disputaba á Elena.

Apretó los labios como el que toma una resolución enérgica y lanzó á la joven una mirada severa.

—Habéis nombrado á Bordat,—preguntó.

—Sí, el doctor Bordat—dijo ella admirada por la pregunta. ¿Qué tiene eso de particular?

—No me ha escrito.

—¿Acaso lo necesitaba?

—¿No ha venido aquí hoy?

—No.

—¿Y el barón d'Aubagny?

—Tampoco.

—¿No has visto más que á tu tía y á tu primo?

—A ellos solos.

—¿Qué han dicho?

—Joca cosa.

—Pero algo...

—¿Te interesa eso?

—¿Todo lo que te toca me toca á mí. ¿Lo dudarías?

La pregunta encerraba tanta ternura, que Matilde suspiró.

—Se han informado de mi salud—dijo,—como puedes comprender.

—¿Y que les has contestado?

—Mi aspecto les ha respondido por mí.

—Haces mal en pensar así. Jordal ha debido tranquilizarte.

—Sí, ya lo sé bien, por bondad—murmuró ella;—pero hace unos días estaba yo mejor. Respiraba con delicia en los bosques de pinos, entre los que mi pecho se dilataba... me parecía revivir, fortalecerme, y me consideraba capaz de subir á las cimas de esas montañas que nos rodean.

—¿Y ahora?

—Ahora no: siento que se desploma algo en mí. Al salir de los baños, que me proporcionan un bienestar semejante al sueño después de larga fatiga, me ahogo y me siento morir.

Este tratamiento me destroza.

—Es el efecto propio de las aguas. Estamos en el período de reacción. El reposo restaurará tus fuerzas.

Ella fijó en su esposo una ávida mirada.

El sonreía.

—Niña—dijo,— todos los que usan estas aguas, sienten los mismos efectos. Algunos días de sufrimientos, y después el bienestar de los primeros días volverá, pero más duradero.

—¿Lo crees así?

—Sin duda. Además, tengo una feliz noticia que comunicarte.

—¿Tu!

—Sí. ¿De quien piensas que hablo? De la ciencia, cuyos indiscutibles progresos alcanzan ya á lo milagroso. ¿Y por quién sino por tí,

por cuya curación daría mi vida, me consagro de llei o á la ciencia?

Le habló por espacio de algún tiempo, murmurando á su oído las frases repetidas cien veces y en las que ella no creía.

Tuvo sin embargo el talento de reanimar por el instante aquella fe extinguida.

Le explicó que un sabio de primer orden, un alemán, acababa de descubrir un remedio prodigioso, de sencillez sorprendente, inofensivo, destinado á producir una revolución en la medicina.

Matilde escuchaba con asiedad, no exenta de sosospecha, flotando entre la duda y la convicción.

En apoyo de sus aserciones, el doctor exhibió multitud de periódicos que hablaban del descubrimiento en términos hiperbólicos.

Ya se sabe el entusiasmo producido por el famoso descubrimiento del doctor Koch.

¡Ay! este remedio no era más que un veneno.

El doctor Kock puede ser clasificado entre los asesinos célebres.

Su descubrimiento había sido ya muy discutido y las corporaciones más repetables lo juzgaban en términos severos, pero justos.

Se hablaba de accidentes repentinos, de muertes, el elogio dominaba y la explotación del remedo fué un manantial de enormes beneficios y una verdadera mina de oro durante algún tiempo para los charlatanes.

—¿Poseéis ese remedio?—preguntó Matilde.

—Todavía no.

Entonces le explicó cuanto había hecho.

Esperaba el precioso elixir, que lo sería de larga vida para ella.

Un enfermo se acoge con ardor febril á cuanto puede proporcionarle un alivio.

Matilde quería convencerse.

—Te lo agradezco—dijo con efusión.

Y añadió suspirando:

—Esperemos.

Entonces volvió él á sus preguntas.

—¿Dices que el barón d' Aubagny está en Royat?

—Con mi tía y el doctor Bordat.

—¿Estás segura?

—Segurísima

—¿Y qué hace allí?

—Lo que en todas partes. Es uno de tantos desocupados. Dichosos los que viven así.

—Yo—dijo Fabregues—los compadezco. Llevan una vida vacía, aburrida, inútil.

—Te engañas, amigo mío; el barón no se aburre.

—¡Ah!—dijo bruscamente Fabregues, con acento de amargura.—Siempre le he visto en la ociosidad, matando el tiempo, como un mal médico asesina á sus enfermos.

—Exageras.

—¡Bah! Y lo mismo hace en Royat.

—Pues bien—dijo la joven con maliciosa sonrisa;—no te lo debía decir; pero te engañas.

D'Aubagny no se aburre en Royat, según parece.

—¿Por qué?

—Por de contado, parece que él no reside allí solamente.

—¿Pues adónde va?

—Eso no me lo ha confiado, quizá porque, pero curiosa que tú, no se lo he preguntado; pero viaja; tiene una pasión...

Fabregues permaneció impassible en la apariencia, porque esperaba aquel golpe. Sus sentimientos se realizaban.

—¡Es extraño!—dijo.

—Yo no lo veo así.

—Creo que ese barón no ama á nadie más que á sí propio.

—Le calumnias.

—En fin, tiene una pasión...

—Y á lo que parece, muy grande.

—¿No conoces al dichoso objeto de ella?

—No.

Después de esta categórica respuesta, Matilde trató de defender al barón.

—Te aseguro que no es justa tu antipatía.

D'Aubagny es un hombre galante.

—O galanteador, lo cual es distinto.

—Una persona muy amable, buena para sus amigos. Somos un poco parientes, como sabes.

—Es mucho honor—dijo con amargura el doctor.—¿Piensas que viene á vernos?

—Lo espero.

—¿Te ha anunciado su visita la señora de Breville?

—Casi.

—¿Para cuándo?

—Para dentro de dos ó tres días. Para el día del concierto, sin duda.

—¿Qué concierto?—dijo Fabregues distraído.

—No tienes memoria.

—¡Ah! ¿el que organiza el doctor Jordal?

—Justamente.

—¡Ah! ¿sabes que ha venido hace poco y me ha encargado una misión?

—¿Cuál?

—Pedir para los pobres.

—¿Tú?

—Y ya verás.

—Te fatigarás.

Una triste sonrisa contrajo los labios de la joven.

—¿Qué importa el mal, puesto que tienes el remedio?

Siguió un largo silencio.

El reloj dió las siete.

—¿Vamos á comer?

Matilde hizo un gesto de hastío.

—El hotel es triste—murmuró.

—Estamos tan mal instalados... Se está mejor allá abajo. Es más divertido.

El ruido, la gritería de la plaza. ¿Es que vamos á estar mucho en Mont-Doré?

—No lo pienso—dijo él moviendo la cabeza y mordiéndose los labios.

Matilde tocó el timbre, y casi en el mismo momento se presentó Juliana.

—Os espero en la calle—dijo Fabregues á su mujer.

—Bueno.

—La señora está muy fatigada esta noche—advirtió Juliana; —no debía salir.

—¡Bah!—dijo Matilde con dulzura.—¿No voy con mi médico? Cuando él lo permite es porque no me perjudica.

—La señora debe abrigarse, sobre todo á la vuelta, si es algo tarde. Las noches están frescas. Yo, que soy fuerte, he cogido un pasmo hace algunos días. Además debo advertir á la señora que estamos aquí mucho tiempo. Todos los enfermos que vinieron á la vez que nosotros han tomado ya el camino.

—Ya nos llegará la vez.

—Tanto mejor; sobre todo si volvemos á Breuille, donde se pasa tan bien.

—Es verdad—murmuró Matilde suspirando.

—Y donde todos os quieren tanto.

Juliana le dió el abrigo y después le puso el sombrero.

Al observar su semblante pálido y las señales de fatiga en el impresas, se le oprimió el corazón.

Cuando bajó su señora se asomó á la ventana, y al verla alejarse del brazo del doctor, se desató en una serie de denuestos contra éste.

Al atravesar el parque, porque tomó el camino más largo para llegar al hotel, pensaba

en la coalición que suponía formada contra él, y decía para sí:

—Hagan lo que quieran, no les temo.

Y trazó en el aire con su bastón un signo de desafío, acompañado de estas palabras:

—¡Demasiado tarde!

XXV

Tres días después, á las ocho de la noche, los salones del Casino estaban deslumbradores.

El salón de fiestas y los corredores estaban inundados de curiosos que no habían podido encontrar puesto en el teatro.

El departamento de Puy-de Dome estaba enterado de que los artistas de más renombre de París y del mundo iban á cantar en un concierto de beneficencia.

El doctor Jordal veía recompensados sus afanes.

Véase el admirable programa de aquella noche:

PRIMERA PARTE

1.º Escalais. — *Estancias*, de Flezier; *Ave-Maria*, de Gounod.

2.º Mme. Silvia Rebel.—Bolero de *Las Vísperas Sicilianas*.

3.º Melchisedec.—Romanza de *El Perdón*, de Plœrmel.

- 4.º María Roze.—Aires de *Las bodas de Figaro*.
 5.º Talazac.—Balada de *El rey d'Is*.
 6.º Mme. Dufrane y Dubulle.—Duo de los *Hugonotes*.
 7.º Mme. Theodorini.—Aire de *Hernani*.
 8.º Rosa Carón y Sellie.—*Sigur* (4.º acto).

SEGUNDA PARTE

- 9.º Mme y M. Dereims.—Duo de *Fausto*.
 10.º Mme. Escalais.—Aire de *Roberto il Diabolo*.
 11.º Villaret.—Plegaria de *La Judía*.
 12.º Mme. Albani.—*Lucía*, escena de la locura.
 13.º—Melchisedec y Ad. Patti.—Duo de *Rigoletto*.
 14.º Mme. Fides Devries.—Aire de *El Cid*.
 15.º Gayarre.—Gran aria de *La Africana*.
 16.º Eduardo, Juan de Rezke y Lassalle.—Terceto de *Guillermo Tell*.

Mont-Doré triunfaba.

Todo el país había respondido á su llamamiento.

A las ocho y minutos, en el instante en que el prefecto entraba en su palco, seguido de las autoridades, la orquesta comenzó la overtura de *Mireille*.

El doctor Jordal, de etiqueta, apareció con

aire modesto en la sala, sentándose en un sencillo cogin.

Desde allí pudo contemplar la concurrencia, que era compacta y distinguida.

En la *fosa de los leones*, palco reservado á los médicos de Mont-Dore, estaba todo el cuerpo médico de la población.

La crónica no dice quien fué el inventor de esa frase, quizá porque la mayor parte de los que allí se reunen se miran de reojo y no se saludan.

El doctor Fabregues se presentó con aire muy sombrío y descontento.

Hé aquí la causa.

Momentos ántes había llevado á su mujer al teatro, y cuando penetró llevándola del brazo en el salón de la fiesta, tuvo dos encuentros que le irritaron.

Primero cruzóse con él una joven hermosísima, llena de salud, y á su presencia el doctor no pudo reprimir un estremecimiento.

Era Elena Brunoy.

Matilde advirtió el movimiento de sorpresa de su marido á la vez que observó la profunda mirada que le dirigía la joven con singular persistencia.

—¿Conoces á esa mujer?—preguntó á Fabregues.

—¡Yo!... Creo haberla visto una ó dos veces en Mont-Dore... Ignoro su nombre.

Matilde quedóse pensativa.

Era imposible que su marido no conociese

á aquella mujer. Hay miradas que no engañan, y la que Elena dirigió á Matilde era de las que expresan una rivalidad, un vivo deseo de conocer á la persona á quien se dirigen.

D'Aubagny había enviado á Elena dos asientos de la primera galería, con esta carta: «No rehuséis. Sería dichoso pudiendo veros un instante.

VUESTRO AMIGO.»

Fabregues no había llegado al final de sus sorpresas.

Algunos pasos más adelante, Matilde le abandonó repentinamente para arrojarse al cuello de una señora que iba del brazo de un gentleman de irreprochables maneras y de imponente figura y ademán.

Era D'Aubagny que llegaba al concierto con la señora de Breville.

Los dos hombres se miraron como enemigos, pero el barón era demasiado hombre de mundo para no disimular los sentimientos que le inspiraba el médico, evitando explosiones inútiles.

Las dos parejas cambiaron algunos cumplidos y entraron inmediatamente en el teatro.

La localidad de la señora de Fabregues se hallaba á la entrada de los sillones de orquesta y D'Aubagny fué bastante afortunado para poder cambiar la que él tenía y hallarse al lado de la pobre mujer, á quien su marido había abandonado discretamente á las expansiones de la familia.

La tía colmaba de caricias á la sobrina.

—Ya ves como hemos vuelto—le decía—te traigo á D'Aubagny.

El barón había salido de su conversación con Elena Brunoy en las ruinas de Murols, hondamente emocionado.

En honor de la verdad, las revelaciones de Fabregues no le habían enseñado nada nuevo.

Pero Fabregues se había revelado á él en aquella confianza tal como su instinto se lo había presentado, ambicioso, sin escrúpulos, capaz de todo para conseguir su fin.

Al salir de Murols, D'Aubagny se había propuesto advertir á su amiga y pariente, la baronesa de Breville, y ponerla al corriente de la situación.

Pero después le asaltaron escrúpulos y dudas.

Se preguntó si tenía el derecho de revelar lo que por casualidad había descubierto, y decidió á seguir la marcha de los acontecimientos, procediendo con energía si llegaba el caso de un serio peligro.

Aprovechó, pues, la ocasión que el concierto le ofrecía para volver á Mont-Dore, llevándose consigo á la señora de Breville.

Aquel viaje le proporcionaba dos ventajas: vigilar á Fabregues y adquirir noticias por los muchos amigos que tenía. Jordal, entre ellos, á quien veía en París todos los inviernos y en quien tenía gran confianza.

Y además, el placer de encontrar á Elena, á

la que había enviado billetes, pagándolos á peso de oro.

Decididamente, la joven producía en él un efecto extraordinario y nuevo.

Cada vez se apoderaba más de su espíritu, dominándolo por completo.

El sucumbía sometiéndose en aquella dulce embriaguez, él que se creía invulnerable al amor, al modo que Mitridates, en fuerza de absorber venenos, los había hecho impotentes contra él.

No era, ciertamente, una pasión violenta; pues D'Anbagny, por su especial género de vida, estaba blindado contra semejantes arrebatos, pero estaba verdaderamente seducido por la joven.

Así, mientras escuchaba las armonías del concierto, tenía fija las miradas en la galería donde se encontraba su ídolo.

Pero no era él el único á quien llamaba la atención.

En la *fosa de los leones*, en frente de la cual se hallaba la joven, se dirigían á ella una porción de gemelos.

Chocagne y Sabat discutían.

—Es una soberbia criatura,—decía el segundo.

Chocagne preguntó á Fabregues:

—¿No es esa la muchacha á quien fuisteis á ver á Murols el año pasado?

—Es una vecina de París—respondió negligeramente el gascón.

—¿No estaréis celoso?

—Nada de eso.

Además se podía decir á Fabregues cuanto se quisiera: su atención y su espíritu estaban fijos en Elena, que evitaba sus miradas con tanta obstinación como él ponía en mirarla.

Rosa Carón y Sellier lanzaron al público entusiasmado las últimas notas de la admirable escena en que Brunequilda arroja sus flores de verbena al agua.

La sala retemblaba con los aplausos.

Bajó el telón y comenzó el entreacto, produciéndose un gran movimiento en la sala. Los que ocupaban los sillones de orquesta se levantaron para mirar con menos molestia á las mujeres de la galería; otros bajaron al salón, que se vió invadido en un instante; en la *Fosa de los leones* se discutía sobre el mérito de los artistas, y después sobre un asunto que apasionaba á los médicos y los dividía en dos bandos: la invención del famoso doctor Koch.

Sabat y Cocagne estaban en contra; Fabregues era un partidario decidido del específico, del cual nadie debía dudar.

¡La maravilla de las maravillas! ¡La seguridad de la curación! Allí estaban las pruebas. El Estado que debía explotar el invento, sobre este punto insistía con tenacidad, era el glorioso imperio de Alemania.

Fabregues sostenía su tesis con calor, con el acento del sabio convencido.

—Pensad—dijo al oído á Jordal, que en el

entreacto había ido á reunirse con sus compañeros.—si estaré encantado de este invento.

Jordal le miró con inquietud.

Con su buen sentido práctico desconfiaba de los entusiasmos populares.

—¿Es que Fabregues tendría el propósito de experimentar el invento con su mujer?

—¿Y por qué ese entusiasmo?—preguntó.

—¿No le comprendéis?

—¿Por vuestra enferma?

—Claro, sí, por ella.

—Es encantadora—añadió señalando á Matilde, que se deslizaba entre las butacas, presentando su limosnero sonriendo á los concurrentes.

Fabregues tenía razón.

La joven estaba encantadora.

Jordal dijo á Fabregues:

—Supongo que no ensayareis la invención de ese alemán en ella.

—Pero...

—Sería una gran torpeza y una grave falta.

—¿No teneis fé?

—No.

—Yo absoluta.

—Es preciso esperar... nada apremia, porque por el momento no hay peligro.

—¿Esperais salvarla?

—Lo espero.

—¡Ah! querido doctor, cuanto daría por pensar como vos.

—Proceded con prudencia, despacio.... el

efecto de las aguas es favorable... Esperad.

Fabregues aparentó una alegría admirablemente simulada y marchóse á los corredores pa a respirar. ¿Tendría razón Jordal?

Apenas había salido, el viejo Brousse se acercó á su amigo Jordal:

—¿Qué os decía ese animal de Fabregues?—preguntó á su colega.

—Hablabamos de su mujer.

—Está bien mal la pobre. ¿A que ese necio pretende hacer creer que no es rica, cuando lleva encima cien mil francos en diamantes?

—Una constelación—dijo Jordal.

—Ese gascón es un bribón.

—Le juzgais mal.

—¡Hum!—murmuró Brousse;—sois demasiado benévolo. Quien viva verá.

Al llegar cerca de Elena Brunoy, Matilde presentó su limosnera á la joven, que depositó en ella una moneda de plata al tiempo que sonreía compasivamente.

Las miradas de las dos mujeres se encontraron mientras Matilde dijo:

—Gracias, señorita.

En el corredor, Matilde preguntó á Bandruc, que la acompañaba:

—¿Conocéis á esa joven?

—Un poco.

—Es hermosa. ¿Cómo se llama?

Bandruc contestó con malicia:

—Monsieur Fabregues podría decíroslo mejor que yo.